

La noche es cálida y por la carretera que conduce hasta Santa Ponça, a 15 kilómetros de Palma de Mallorca, algunos autos veloces se deslizan silenciosamente; hay pocos y discretos carteles que anuncian la proximidad del hotel donde se ha montado de manera provisoria el casino: por disposición expresa, el Gobierno prohibió la publicidad de las flamantes salas de juego. Negro el 24: La ruleta, el black-jack, el bacarrá no necesitan propaganda; se publicitan solos, en virtud de su combinación de magia, azar, curiosidad y desafío. ¿Quién no ha leído El jugador, de Dostoyevski, o admirado a Jeanne Moreau en su notable interpretación de Eva? ¿Quién no se ha sentido atraído alguna vez por esas columnas de números inscritas en un tapete verde que hay que descifrar? "Hemos querido crear una atmósfera agradable, acogedora —me dice el amable director de relaciones públicas de la empresa—, menos rígida y austera que la de otros casinos europeos, donde la gente

juegue con comodidad y soltura". Estoy segura de que lo han conseguido en base a pequeños detalles —finas lámparas, cálida madera— casi inadvertidos por los cientos de jugadores que se reúnen —se aglomeran— alrededor de las mesas. El jugador apasionado es un desatento en cuanto al medio; una vez haya conseguido eliminar la compulsión de la apuesta porque todo lo perdió, posiblemente se sienta reconfortado ante esta atmósfera ocre, dorada y reparadora de los muebles mullidos y las telas aterciopeladas; pero mientras juega, el apostador es ciego, sordo y mudo a cualquier cosa ajena al giro de la bolita —de apariencia tan inofensiva— o a la distribución de las cartas en el black-jack. La tensión es egoísta y no permite intromisiones; el jugador se concentra, se contrae, con los músculos tensos, como si su fuerza, la de sus músculos y la de sus nervios, pudiera impulsar la mano del "croupier" o animar los números.

HAGAN JUEGO, SEÑORES

CRISTINA PERI ROSSI

La admisión a los casinos de España está rigurosamente controlada: antes de entrar, el cliente (comprador de un rato de diversión, de enajenación y desafío) debe rellenar y firmar dos tarjetas donde aparecen sus datos personales, presentar su documento de identidad o pasaporte y pagar una entrada (el precio varía según el local, pero oscila entre las doscientas cincuenta y trescientas pesetas). Una computadora, desde Madrid, recibe los datos y se encargará de impedir la entrada al recinto de nada menos que 40.000 "indeseables", entre los cuales se encuentran conocidos integrantes de la mafia, delincuentes e individuos considerados peligrosos por Interpol. Este filtro pretende ahuyentar de las salas españolas todos los matices de delincuencia que inevitablemente tejen sus intereses alrededor de un juego que se convierte en un negocio lucrativo para unos pocos y procura beneficios cuantiosos al margen del lugar donde la bolita cae: prestamistas, usureros, estafadores, proxenetas, traficantes de drogas. Juego y delincuencia van estrechamente unidos; esto es lo que se trata de evitar con esta "selección" de clientes. El tiempo dirá si es efectiva: la mafia escapa a todos los controles. Y para cuando el industrial aburrido o la viuda millonaria se quede sin fondos, se ha instalado una oficina de préstamos de la casa, donde quien tiene suficientes garantías (algunos edificios, urbanizaciones, empresas, pozos de petróleo o fundiciones de

acero) puede obtener dinero para continuar jugando, sin pagar interés, según me dice Miguel, mi gentil informador (nos prestan dinero a cuenta de futuras notas periodísticas a escribir).

Juegos peligrosos

Para tener una idea de los intereses que se mueven alrede-

dor de esa aparentemente inofensiva bolita que rueda, alrededor de ese bienaventurado as que puede proporcionar black-jack (si va acompañado de un diez) bastan poco ejemplos: la sociedad que ha montado el casino de Santa Ponça y prepara la inauguración del definitivo, a 16 kilómetros de Palma, en las playas de Magalluf, confiesa ha-

ber invertido más de quinientos millones de pesetas en el nuevo casino que comenzará a funcionar a partir del 1 de enero. Hay que tener en cuenta que el turismo trae a la isla a turistas ricos, a los cuales no se les puede ofrecer sólo el atractivo de las mesas de ruleta o de los **chemin de fer**; para que se sientan cómodos, para que el juego sea sólo un ingrediente más de su estadía, habrá canchas de tenis, playas artificiales, discotecas, restaurante y posiblemente amarraderos particulares de yates. La sala de juego será sólo una parte del confort de su vida; luego de pasearse con su embarcación por las maravillosas costas de La Calobra, con sus monumentos de piedra (esa cabeza de caballo que sobresale y el otro perfil de roca bautizado cariñosamente por los isleños como la **reina mora**), desembarcará directamente sobre la urbanización del casino.

Todo está pensando para que el turista adinerado sea cliente de estos locales y para que el pequeño, tímido apostador, siga con sus boletos semanales de quinielas o con la lotería de ciegos. Teniendo en cuenta que, como todos los juegos, los del casino están hechos para que las casa gane (en este caso: una sociedad integrada por accionistas españoles en un 75 por 100, y el resto, por capitalistas anglo-suecos), es lo mejor que puede pasar. En Santa Ponça sólo hay dos mesas de ruleta con fichas de cien pesetas; en todas las demás, la postura mínima es de doscientas; el tapete verde se convierte, así, en una má-





La primera vuelta de ruleta (foto superior) es aplaudida por quienes han acudido a Santa Ponça y (foto inferior) las fichas pioneras prueban suerte en el tapete recién estrenado.

quina tragabilletes, más aún si consideramos el efecto psicológico de las fichas: quien juega con esas atractivas piezas redondas que se deslizan tan suavemente de la mano y son tan escurridizas, suele olvidar que en realidad se trata de billetes. Como los conquistadores españoles llegaban a América y le entregaban cuentas de colores a los indios, a cambio de piezas de oro, en las salas de juego el apostador entrega billetes verdes y a cambio le dan artísticas

fichas de diversos colores, las cuales son fabricadas, eso sí, en el exterior.

Catorce rojo

Como en los demás casinos del país, el personal encargado de atender las mesas ha sido debidamente entrenado; éste montó su propia escuela. Hay empleados y empleadas de diversas nacionalidades (incluida la española) que hablan alemán, francés, inglés y, por supuesto,

también árabe: no olvidemos los turistas de este país, o residentes en Mallorca, que pueden perder sin pestañear dos o tres millones de pesetas por noche; unos litros de petróleo, vamos. La aspiración declarada es que en el futuro la mayoría del personal sea español, pero esta noche cálida de verano hemos visto a extranjeras hermosas moviendo con agilidad y soltura sus manos sobre el tapete, sonriendo como las mujeres de Rossetti e incitando a los clientes a

jugar, todo con suma elegancia, con *savoir faire*, con una discreción que cualquier cliché señalaría como inglesa, si no fuera, además, el encanto del que nos habló Buñuel. Para evitar cualquier susceptibilidad, la noche de la inauguración, la primera bola (casi tan histórica como el primer vuelo en dirigible o el primer viaje del "Mayflower") la puso en movimiento un joven mallorquín, número uno de su promoción (igual que Fraga). El toque inglés (algo de aquel inmortal toque Lubitch) de este casino, acogedor, discreto, elegante, proviene sin lugar a duda de sus directores y organizadores: Nigel Hunter (proveniente del casino de Clermont, de Londres) y Clive Martínez (del Curzon House Club).

El público

Cuando entramos en la sala de juego, la mayoría de las mesas tenían una considerable asistencia, aunque todavía no estaban a tope; a pesar de que los casinos son lugares silenciosos (los jugadores no hablan, no miran alrededor, olvidan cualquier otro interés), alguna que otra exclamación, una pregunta o una respuesta matizaban los rápidos movimientos de la bola en juego o el deslizamiento de las cartas sobre el tapete. "¡Acerté! ¡Acerté!", gritó una ingenua viejecita sentada a la mesa de ruleta francesa de apuesta mínima cien pesetas, cuando el empleado, en voz baja y fría, dijo dieciocho, rojo, y colocó la señal sobre el cuadrado correspondiente. Grandes abrazos de la hija, una joven mallorquina que estaba detrás de la madre, y la mano de ésta se extendió ansiosamente para recoger treinta y cinco fichas de cien pesetas, ganancia de su apuesta. Nadie tuvo que sugerirle que se fuera: cobró y de inmediato se retiró. Enfrente, un hombre gordo, vestido de sport, fumaba parsimoniosamente un gran toscano y jugaba con fichas de mil pesetas, que disponía sin emoción en grupos de diez y de doce sobre diversos números; se aburría y ganaba o perdía sin hacer un gesto. La noche antes había dejado un millón de pesetas en la caja de la empresa, y esta vez ganaba cerca de trescientas mil,



con la misma indiferencia. Lejos, un muchachito nervioso, inquieto, con aspecto angustiado, colocaba dos fichas de cien sobre la suerte de rojo: trece negro se las llevó. Era camarero de un bar en Palma; esta noche perdió en pocos minutos su sueldo de un mes entero. Se juega muy rápido en los casinos españoles: la eficacia de los empleados, el tamaño pequeño de las mesas, con poca capacidad, hace que entre una apuesta y otra medien apenas uno o dos minutos.

Tara

Una de las más bellas y ágiles "croupiers" del casino es una inglesa de veintitrés años, nacida en Leicestershire. Alta, delgada, fina y desenvuelta, tiene una sofisticación complaciente, astuta, levemente irónica. De manos largas y delicadas, las mueve con extraordinaria habilidad; fichas y billetes se deslizan entre sus dedos, rápidamente, como si no los tocara. Igual que todos los "croupiers", trabaja cuarenta y cinco minutos y descansa otros tantos, es sabido que detrás de toda esa agilidad para hacer más eficaz y veloz el juego (cuantas más partidas, más ganancias) hay una tensión agotadora.

—Me vine de Inglaterra porque quería vivir la experiencia de un casino nuevo, en un país donde el juego recién empieza. Es más interesante y divertido. La gente que juega es espontánea, lanza exclamaciones, se alegra o se entristece. Es menos monótono, más vivaz.

(Una señora está discutiendo a viva voz con otra: ambas se disputan el éxito de una apues-

HAGAN JUEGO, SEÑORES

ta a color; juegan con fichas de cien pesetas, idénticas, y una de ellas se ha embolsado la ganancia que según a mi entender —estoy mirando desde cerca— le corresponde a la otra. Nadie interviene: otra bola ha echado a correr.)

—Además, en Inglaterra se han prohibido las propinas. Ahora sólo se percibe el sueldo. Y en este casino los jugadores son muy generosos.

El sueldo mínimo de un empleado de esta sala de juego son 40.000 pesetas; pero las propinas suelen superarlo.

(Tres rojo: nuestro amigo del toscano inacabable cobra ciento setenta y cinco mil pesetas y lanza, displicente, dos fichas de quinientas de propina.)

—A mí también me gusta mu-

cho jugar, pero no sé si confesarlo —dice Tara, mientras descansa—. El juego me apasiona. A veces pierdo, a veces gano. Como trabajo, el de "croupier" es más emocionante cuando hay muchos jugadores apostando, entonces no resulta monótono. Si, es posible que uno se alegre a veces cuando uno de los jugadores gana, o se apene cuando otro pierde; hay apostadores que resultan mucho más simpáticos que otros. De todos modos, creo que el amor por el juego es una cosa innata, es una pasión congénita.

Tomo las dos últimas fichas que me quedan y las coloco sobre el 23. Para llegar hasta el tapete, tengo que inclinarme sobre varios señores y señoras inclinados a su vez sobre los apos-

tadores que están sentados. Hay codos y piernas que sobran. La bola gira rápidamente. El "croupier", con voz mesurada y fría, dice: "No va más", y con el largo bastón acomoda mi ficha que había quedado en posición dudosa sobre el borde del 23. "Negro, el dos", anuncia, y rápida y eficazmente despoja, barre todas las apuestas perdedoras; sobre el triste, patético dos, sólo hay una ficha de cien pesetas, que un jugador depositó.

Me voy y escucho algunas conversaciones al pasar:

—En esta mesa se ha dado siete veces la primera docena.

Recuerdo una frase leída y escuchada muchas veces: el verdadero jugador juega para perder. ■



Todo está pensado para que el turista adinerado sea cliente de estos locales y para que el pequeño, tímido apostador, siga con sus boletos semanales de quiniela o con la lotería de los ciegos.